

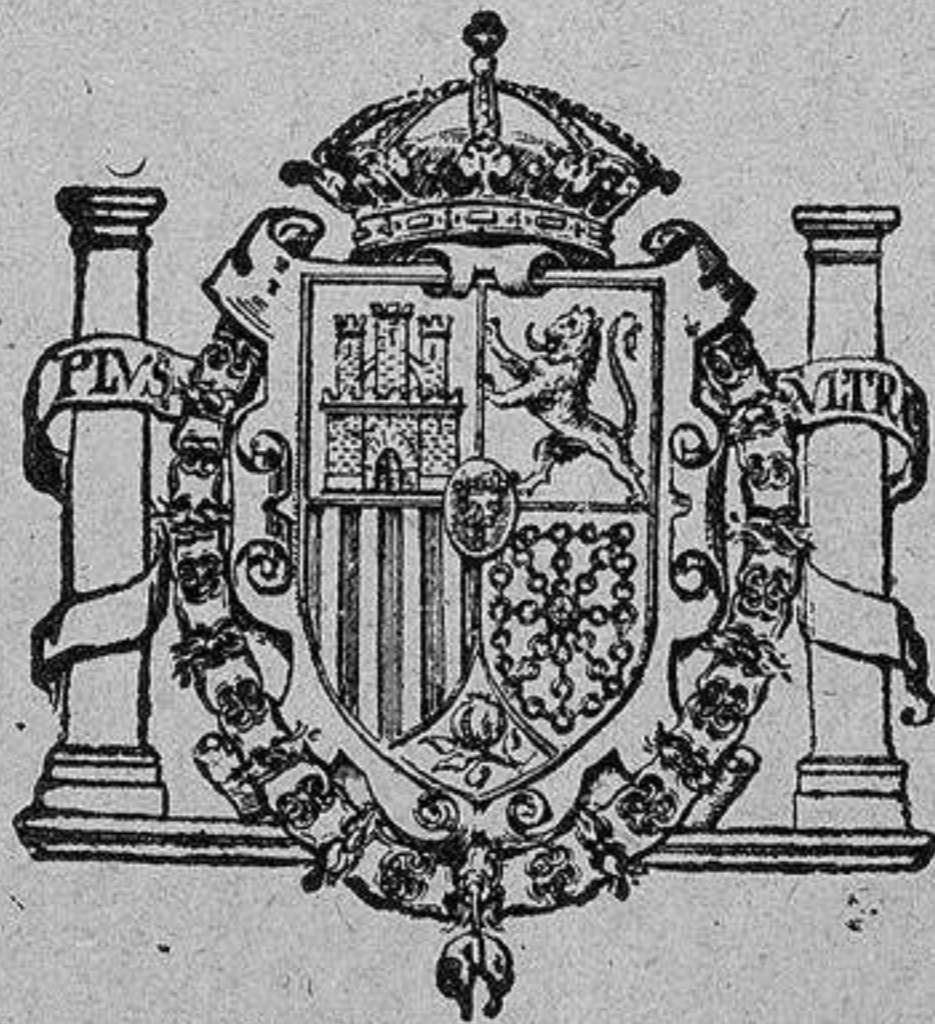
R 1904

C 127842

AMÓS SALVADOR

Sobre un extraño modo de educación popular

*Publicado en el «Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando»
de 31 de Diciembre de 1917.*



**R
1904**

MADRID
IMPRESA DE SAN FRANCISCO DE SALES
CALLE DE LA BOLA, NÚM. 8
1917

C 127842

R 1904

Donativo de D. Amós Salvador,

22 mayo 1918



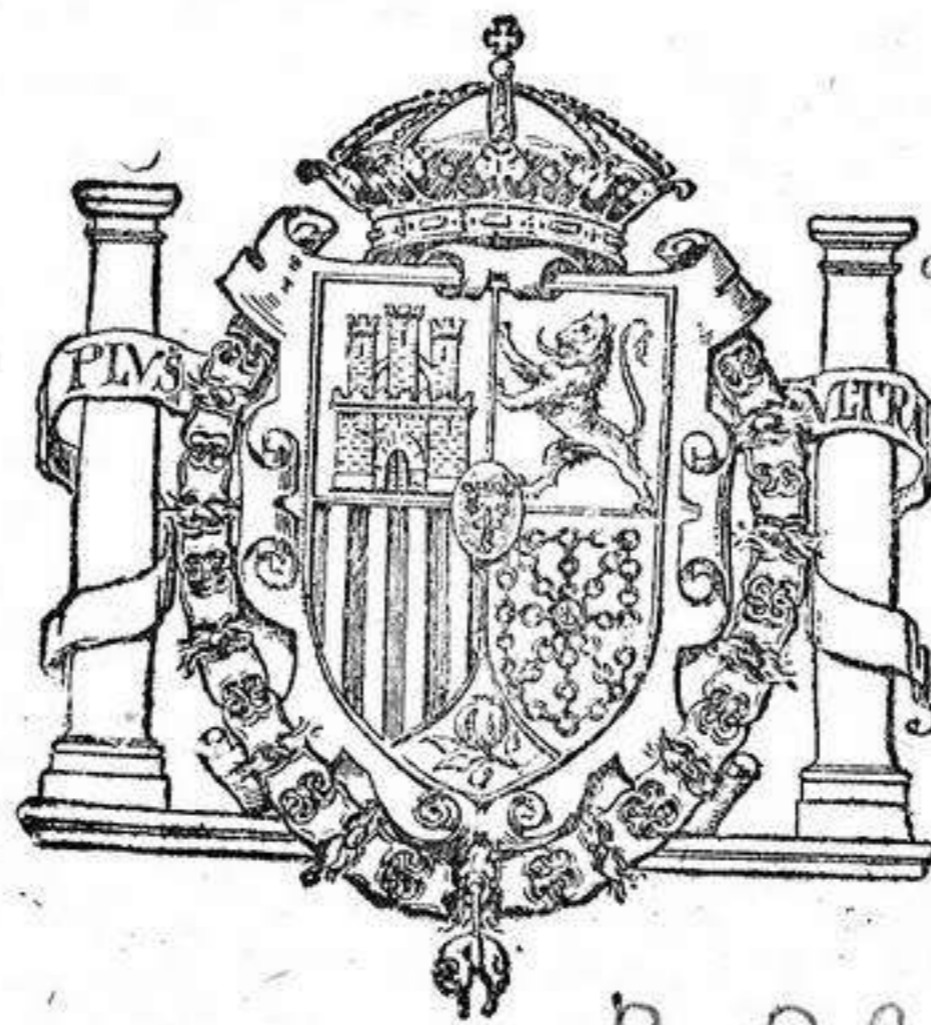
**Sobre un extraño modo
de educación popular**



AMÓS SALVADOR

Sobre un extraño modo de educación popular

*Publicado en el «Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando»
de 31 de Diciembre de 1917.*



R. 23.862



MADRID

IMPRESA DE SAN FRANCISCO DE SALES

CALLE DE LA BOLA, NUM. 8

1918

UNIVERSIDAD

Sobre un extraño modo de educación popular.

¿Son tan malas como algunos dicen las corridas de toros?

Parece cosa averiguada que las corridas de toros no pueden presentarse como modelo de fiestas cultas, delicadas y distinguidas, porque el espectáculo de la sangre y aun de la muerte de caballos, toros, y alguna vez de toreros, no puede servir para la educación de la sensibilidad, en el sentido único que algunos preconizan, sino en el diametralmente opuesto, que otros muchos tienen por más humano y mejor.

Asimismo es indudable que, cuando se abusa de las cosas, por virtuosas, discretas y amables que sean, se hacen aborrecibles, y, por tanto, cuando a todas horas y en todas partes, y con todos los pretextos, se ve y habla de toros, y sus escenas se representan en esculturas y pinturas, y las narran los periódicos de tauromaquia, exclusivamente destinados a ello, y toda la Prensa de todos los colores, para no perder suscripciones, necesita dedicarles muchas columnas; y nos vemos invadidos de panderetas y abanicos con la reproducción de esos episodios y retratos de toreros, y no se habla de otra cosa en cafés, casinos y reuniones de toda índole; y se admira a los diestros tanto como a los artistas de más mérito o a los sabios de mayor renombre, y se les aclama y festeja, como a quienes más, y de maneras inconcebibles; cuando, en suma, no se vive más que para la lidia de reses bravas, ni se respira otra atmósfera que la de la chulería, ¿no habrá persona de paladar un poco fino que no se sienta con el estómago levantado y deseando arrojar! ¡Eso es intolerable y ya he dicho que aborrecible! Pero

me parece lamentable la exageración, que consiste en llamarle salvajada, fiesta de salvajes, demostración del salvajismo de un pueblo, y todo cuanto de lo salvaje pueda derivarse, sin que deba obtenerse jamás de ello ningún bien y sí todo cúmulo de males, los más dañinos y reprobables; ¡porque eso no es cierto!

Tan insoportable es la chulería de los que sólo viven para las corridas de toros, como la cursilería de los que sólo piensan en combatirlas.

Y el pretender su desaparición, y además rápida; y no sólo rápida, sino instantánea, de una plumada, con un decreto publicado en la *Gaceta*, me parece el colmo de la ligereza, y aun pudiera decirse que de la insensatez.

La fiesta, que con razón se llama *nacional*, brota espontáneamente de las condiciones de nuestro territorio y de nuestra raza, llena necesidades que no sería cuerdo desconocer, arraiga y se desarrolla en nuestras costumbres, y siendo éstas lo menos arbitrario que se conoce, nunca se respetarán bastante, siendo la misión de los gobernantes hacer de las costumbres leyes y no con las leyes costumbres; porque esto, si alguna vez se consigue, es en cantidad muy menguada y a fuerza de tiempo, con la exposición siempre de perder en un día lo ganado en siglos.

Se dice que en Suiza y Holanda encargan a niñas de ocho o diez años el cuidado de 10 o 12 cabezas de ganado vacuno sin que jamás tengan que lamentar una desgracia, porque las pequeñas pastoras se hacen obedecer del ganado que cuidan. Pues ese mismo ganado, manso hasta no poder más, se trae a España, como hay casos a montones, y a los dos o tres años, según las comarcas, y singularmente en algunas de ciertos pastos, se hace bravo, y no sólo no lo podrían manejar en manada las niñas, sino que no pueden manejarlo individualmente los hombres más hechos y robustos, llegando el momento en que forzosamente tienen que matarse los toros para evitar desgracias a los que se encargan de su cuidado y manejo. Y si en ciertas localidades, y con algunos pastos, el ganado más manso se hace bravo, ¿cómo dejará de ser lo último el que jamás ha sido lo primero?

En esos casos, frecuentes en España, aunque no se trate precisamente de reses de lidia, sino de las ordinarias, no podrían ser

manejadas ni conducidas al matadero sino por hombres que supieran quebrar, regatear, recortar, montar a caballo, manejar la garrocha y, en una palabra, ser diestros en la lidia de reses bravas. Y cuando esa destreza se tenga, ejecutada o no en las tientas o acosos, vendrá el deseo de hacerse notar en ella, recibiendo los aplausos de quienes se lo reconozcan en las fiestas, por ejemplo, de los pueblos, ¡y por ese camino se llega naturalmente y pronto a la lidia que se ve en las corridas de toros! De todas suertes, no cabe negar que en España es indispensable para la cría del ganado vacuno el saber lidiarlo cuando es bravo, y aquí lo tenemos bravo en muchas localidades, aun no haciéndolo así por selección y queriéndolo, por el contrario, manso. ¿Se puede prescindir de este dato?

Pero, ¡no es que sólo se le tenga afición a esa lidia donde es necesario, sino que en España se le tiene afición en todas partes!

Yo no conozco comarca ninguna de España donde se rechacen las corridas de toros. ¡Cataluña, y singularmente Barcelona, ha hecho campañas contra ellas, y, no obstante, Barcelona tiene más Plazas de Toros que Madrid, que es la Corte y tiene fama de taurófila! ¡En cambio, no tengo noticia de que deje de haber Plazas destinadas a esta fiesta en ninguna provincia! Pero, ¿qué provincias, si bien pudiera decirse que no hay pueblo donde si no hay corridas de toros de lidia, no las haya de toros embolados o ensogados, de novillos de más o menos hierbas y de vacas o vaquillas lidiadas en unas u otras condiciones? Y está tan arraigada en todas partes esta afición, que cuando los Gobiernos, queriendo modificar costumbres por Decreto, se arriesgan en la empresa, acaso imprudente, de prohibir las capeas, lo que logran es desórdenes públicos y, acaso, más derramamiento de sangre, con ellos, que hubieran producido las reses al lidiarlas.

Cierto que esas aficiones se exageran en las regiones donde se dedican a la cría caballar y de las reses bravas, porque se conoce a cada bestia individualmente, por haber asistido a los acosos o tientas y a las ferias, por donde han pasado más de una vez los caballos. Así es que al ver a unos y otros en la Plaza, se tiene particular curiosidad por ver cómo se portan y cómo se cumplen las esperanzas o previsiones que en ellos se hayan fundado. Y en esos

puntos se aprecia, por lo tanto, de un modo especial, la labor de los picadores como ginetes, en primer término, y después como ginetes en relación con el toro y en momentos en que debe exagerarse la destreza, la sangre fría y el valor. ¡Pero si la afición varía, es general e innegable en todas las comarcas españolas, y es imposible que esta otra nota no la tomen en consideración los hombres reflexivos!

Menos aún es para menospreciada la de que en España no se conciben ferias ni fiestas de ningún linaje sin toros. Anúnciense, en los programas de fiestas, carreras de caballos, de velocípedos, de burros; fuegos artificiales, gigantones, cucañas y cuantas de estas cosas se ocurran o se imiten, y ninguna de ellas ni todas juntas serán poderosas para darles animación y traer gentes de fuera; mientras que basta anunciar corridas de toros con un cartel aceptable, para que acudan los aficionados (que casi son todos) y se llenen las tiendas, y haga negocio el comercio, y se vistan de alegría las caras. ¡Bien han podido comprobarlo en algún pueblo, muy querido mío, donde por haberse quemado la Plaza, no pudo haber corridas de feria! Pensaban muchos que no se conocería la falta, ¡y más parecieron las ferias funerales que fiestas! No dejaron pasar otro año sin Plaza; la construyeron rápidamente, y no habrá medio de desconocer que miraron por sus intereses muy cuerda-mente.

Pero esta afición tan extendida, ¿es exclusiva de algunas clases sociales? ¿La mantienen las más populares y las menos ilustradas? ¡Nada de eso! No hay más que pasar la vista por la serie de novilladas que se dan anualmente, en las que no se proponen los diestros ganar ningún dinero, sino recrearse con ese género de faenas, y se verán en la lista de todos géneros, y algunas como éstas: novillada de los zapateros, novillada de los sastres, novillada de los carniceros, de los telefonistas, de los empleados de ferrocarriles, de los conductores de tranvías, de los de automóviles, de cocheros, de los regimientos de tal y de cual, en el patio de sus cuarteles, el día de su Patron o Patrona, de los estudiantes de Medicina, de los de Escuelas especiales, de otras Facultades, de Sociedades especiales deportistas, y se verá, además, que aparecen en tales corridas, o en otras parecidas, los hijos de Generales, de políticos,

de Títulos de Castilla, de Grandes de España, de Catedráticos, de Académicos, de sabios de renombre y de cuanto, en suma, puede dar idea de la generalidad de esta afición, que invade absolutamente todas las clases sociales, sin que sea fácil distinguir en cuál de ellas logra mayor intensidad y entusiasmo. ¿Y también esta nota pasará inadvertida para los que quieren hacerse cargo del verdadero valor de este fenómeno social? ¿Seguirán creyendo que es arbitrario, restringido y no tan general y arraigado en nuestras costumbres, que merezca por ello alguna medida en el censurarle y calificarlo con la dureza que algunos acostumbran?

¿Podría decirse que, aun cuando las altas clases sean aficionadas a esa fiesta, la han alimentado y mantenido las más bajas, por el lucro que les proporcionara y que no tiene abolengo ni historia? ¡Tampoco!

Nació hace siglos y se consideró, casi hasta nuestros días, como una fiesta de caballeros. Recuérdense los alardes de moros y cristianos, procurando vencerse en gallardía, por la demostración de su destreza en el manejo de los caballos y de las armas, poniéndola los unos y los otros en juego, para matar toros bravos con espadas o lanzas. ¡Y no eran los menos ilustres los que en tales empresas se arriesgaban, sino los más renombrados por el lustre de sus hazañas y el abolengo de sus casas!

Después se ha visto cómo las Maestranzas de Caballería tenían privilegios, y aún conservan algunos, aunque menguados, sobre las Plazas de Toros, alternativas y otros extremos.

Se ha visto también que, en las corridas reales que se daban, y aún se dan, por el casamiento de los Reyes u otros motivos, no eran gente mercenaria los que tomaban parte en la fiesta, como caballeros en plaza, sino los más diestros y nobles, tanto militares como civiles, que no aspiraban a más recompensa que el reconocimiento de su valor y gallardía, y que iban apadrinados por los principales magnates, que asombraban por la esplendidez y galanura con que hacían en el Circo su presentación.

Hasta muy recientemente se ha conservado el carácter, más o menos adulterado, de fiesta de caballeros, y no se hacía en las Plazas el despejo, como ahora, por las cuadrillas de toreros enteras y sus auxiliares, sino por los hombres de a caballo; y los peo-

nes se corrían por el callejón y saltaban la valla sólo cuando había terminado ese paseo de los ginetes.

La gente de a pié servía para llevar los toros a las suertes y para sacarlos de ellas, librando a los picadores de una desgracia; pero se iba a la Plaza principalmente para hacerse cargo de la destreza de los ginetes, puesta a prueba en los duros y peligrosos trances de la lucha con las reses bravas, tanto en la suerte de detener como en las que se realizaban a caballo levantado.

Y, finalmente, hasta nuestros días han llegado los programas de estas fiestas, en los que aparecían en primer término y con preferencia sobre los demás, los nombres de los picadores, siendo de notar que nunca se omitía el nombre del pueblo de su nacimiento.

En vista de lo que digo, pudiera alguno objetar que el espectáculo degenera, puesto que ya se persigue el lucro, y no es fiesta de caballeros, sino de chulos, como llaman despectivamente a los diestros. ¡Todo eso es querer engañarse a sí mismos!

No sólo no degenera, sino que jamás ha estado más en auge. Va cambiando de carácter con los tiempos, cosa absolutamente inexcusable; pero la lidia de reses bravas es siempre el espectáculo predilecto de los españoles. Nunca ha llegado a más la exaltación por causa de la nueva lidia y los modernos lidiadores; jamás se han construido más Plazas ni se han dado más corridas, ni se ha pagado más a los diestros, ni se ha toreado mejor. Los más afamados espadas antiguos es de suponer que torearán, como dicen que debiera lidiarse en las tauromaquias que dejaron escritas, y bien se ve que lo de ahora es mejor y que los de ahora han llegado adonde no se imaginaba posible, aunque eso dijera la teoría, en lo de torear de brazos y parados los pies.

Todavía quedaría el refugio de decir que ese era un mal, por desgracia, que nos imponían en España nuestras condiciones constitucionales de clima, territorio y raza; pero que por lo mismo, debiéramos lamentarlo más. ¡Ni ese razonamiento sirve para nada!

Esos espectáculos tienen igual aceptación en América; y no vale decir que porque son nuestros hijos y españoles como nosotros, porque ese modo de razonar sería la mejor demostración de que no tiene nada de arbitrario, sino consecuencia de aquellas condiciones, singularmente étnicas, de las cuales brotan, y forman,

al cabo, costumbres, que merecen respeto y que sería imprudente contrariar. Y no es sólo en América donde se extiende, lejos de contraerse a nosotros y tender a la desaparición, porque cada día cunden más en Francia, y es de suponer que lo mismo suceda después en otros países.

¡No hay escape, por lo tanto! Se dirá de la fiesta todo lo malo que se quiera y se la tendrá por abominable; pero eso es, así es, nadie puede evitar que sea, y sería insensato pensar, como más despacio veremos luego, que basta con un decreto para borrarlo de nuestras costumbres, y que con ello se habría hecho un bien, cuando quiero demostrar que se nos haría un gran daño.

Pero es que, aun dentro de la hipótesis de que el espectáculo es malo, es el mejor de cuantos análogos nos describe la historia, y lleva en sí especiales y no despreciables notas de fiesta popular, de higiene y de belleza indiscutible.

En todos los tiempos han tenido todos los pueblos marcadas aficiones a los ejercicios, fiestas, deportes ó espectáculos sangrientos, en los que se hace alarde de valor, exponiendo la vida; pero todos ellos son más brutales y vituperables que nuestros toros; en todos ellos, tanto en las luchas con fieras como con hombres, lo predominante es la fuerza física; y aun cuando es difícil imaginar cosa alguna llevada a cabo por el hombre, en donde no asome la razón, más parece puesta al servicio de la fuerza que dirigiéndola. En cambio, la fuerza no tiene valor alguno en la lidia de reses bravas, donde todo es agilidad, destreza, serenidad e inteligencia que las dirige, y que, sometiéndose a una teoría, y realizándola, vence la fiereza del toro.

¿Cómo comparar esta lucha, en que la fuerza es vencida por la inteligencia, con ninguna otra de las que pudieran ponerse en comparación? En nuestro tiempo, y cada día más en boga, conservan los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización y del progreso, *el pugilato*, que lo presencian miles de personas en recintos muchas veces cerrados, pagando los asientos a precios fabulosos, para ver correr la sangre de hombres como ellos, pendientes de los lances, y aplaudiendo con entusiasmo aquellos atléticos golpes que hunden una costilla, desarticulan una quijada o hacen saltar un ojo. ¡A veces arrancan una vida! Tampoco esto es arbitrario, tam-

bién se defiende este terrible espectáculo con buenas razones; pero nadie será osado para defender que no es más brutal y salvaje que nuestra, sin razón, maltratada fiesta nacional! Y la nuestra se realiza al aire libre, respirando atmósferas bien distintas de las de teatros o espectáculos de recintos cerrados, donde el aire que entra por los pulmones de cada uno ha pasado antes muchas veces por los de otros muchos, llegando á hacerse irrespirable por el ácido carbónico y el humo del tabaco.

Y son muchos los miles de personas que se congregan en esos circos, con plena libertad y mezcladas las clases como en ninguna otra parte, dando idea de verdadera fiesta popular y nacional, aunque parezca a algunos esta afirmación en demasía desenvuelta.

En el acto saltaría, para motejar a esta reunión de multitudes, la consabida monserga de los denuestos groseros; ¡como si fuera tan de extrañar que de reuniones tan numerosas salieran algunas voces desagradables, cuando se pasan muchos días sin poder señalar ninguna de estas procacidades, y, en cambio, se notan a diario en la calle misma, producida por personas de mala educación, que se portarán como tales donde quiera que estén!

Las groserías hay que rechazarlas en todas partes; pero no hay que alarmarse por las de las corridas de toros, de cuyo alcance y circunstancias pudiera escribirse un largo capítulo, porque en muchas otras diversiones se aplaude y se silba y se producen excesos de palabras, y, a veces, si no se sueltan éstas, se sueltan bombas, ¡que no demuestran mayor cultura y son mucho peores que los vocablos soeces, sin que por eso, al condenar los hechos y las personas que los producen, se diga nada en desdoro de la clase de diversiones en que tales atentados se cometen! Y en punto a la belleza de un espectáculo, al que acuden doce o catorce mil almas con la mayor diversidad de trajes, al que llevan las mujeres el concurso de su belleza y de sus atavíos, el cielo el de nuestro sol esplendoroso, propio de nuestro clima, donde muchas veces se esfuerzan por adornar el circo con flores, guirnaldas, mantones y reposteros, respirando por todas partes el bienestar propio de la alegría y el contento, no se atreven a negarlo ni sus adversarios o detractores más decididos. Muchos extranjeros, que abandonan

la plaza al empezarse la lidia, acuden a presenciar el espectáculo, que ensalzan sin reservas, del paseo de las cuadrillas ante la muchedumbre congregada con vestiduras de gala y rebosante de vida.

Y no sólo es el mejor de los espectáculos de su clase, a que los hombres de todas las edades han tenido afición siempre, que ahora mismo se entusiasman con ellos, y que probablemente sucederá de igual modo mientras pisen la superficie de la tierra, sino que bien pudiera decirse ¡que no es cosa tan mala como dicen, ni siquiera cosa mala!

Conviene apuntar de paso que en esta fiesta no hay apuestas ni juegos, ni puede haber *tongos* ni trampas de ningún género.

Es indudable que tiene defectos, como todo, porque nada es perfecto en lo humano, y que pueden señalarse males que produce y que no negará ninguna persona imparcial; pero también pueden indicarse bienes de igual categoría, en el sentido de que, ni son definitivos, ni dejan de poderse rebatir con relativa facilidad. Citaré algunos por ejemplo.

Los muchos establecimientos benéficos que se sostienen con los productos de esa fiesta y lo fácilmente que se obtienen recursos para fines análogos, por tales medios, así como la buena disposición de los diestros para contribuir a tales propósitos, con la exposición desinteresada de sus vidas.

A la cría de reses bravas se considera ahora como elemento apropiado para acrecentar la riqueza, favorecer la agricultura y la ganadería y proporcionar los medios de subsistencia de muchas familias, contribuyendo, además, al mantenimiento de lo que parece que *debe ser*, por arraigado en nuestras costumbres. Difícilmente se pudiera de otro modo vender a dos mil o más pesetas la cabeza de ganado vacuno, y parece ya fuera de duda, ó muy adelantado su estudio, que los mejores bueyes para la agricultura son los procedentes de las ganaderías bravas, y que así como el caballo que vence en las carreras es el mejor para todos los usos y el preferido como semental para todos los cruces y la formación de nuevas razas, la forma del toro bravo es la que más se presta al engorde, y que, en suma, la bravura en el toro equivale a la velocidad de la carrera en el caballo.

Dejando esto en su punto hasta que nuevos esclarecimientos

permitan afirmaciones más resueltas, también se cree que las condiciones físicas de los diestros pueden acarrear enseñanzas provechosas para el mejoramiento de nuestra raza, ¡bien desmedrada por cierto!

Es motivo de natural asombro la rapidez con que los lidiadores curan de sus heridas, y los médicos, que no son los menos asombrados, dicen que son de acero, que no tienen grasas, sino músculos bien desarrollados y no hipertrofiados, como los atléticos, de los que males, y no bienes, deben esperarse. De ello se saca la consecuencia de que deben abandonarse los ejercicios gimnásticos, aptos para producir atletas, y generalizar aquellos naturales que se ejercitan en los trabajos de la vida ordinaria, como correr, quebrar, regatear, recortar, saltar de varios modos, montar a caballo, etc., etc.

Dejando ya esto, que basta para mi objeto de ir acentuando cada vez más el valor de los razonamientos, no es dudoso que de nada puede decirse que es bueno o malo de una manera absoluta; es forzoso apreciar momentos, circunstancias y muchas veces resolver por comparación. En determinadas condiciones, y en ciertos pueblos, pueden ser hasta moralizadoras las corridas de toros; y no puedo resistir a este propósito el deseo que me acomete de contar una anécdota humorística, pero que tiene un fondo no despreciable, y que me servirá, además, para cambiar el estilo de este escrito, haciéndole, momentáneamente, menos árido y desagradable:

Había un Senador muy apreciable por gran caudal de condiciones que en él se reunían. Se llamaba Calvo Martín; era médico, muy sordo, se sentaba a mi lado y tenía la manía de interpelar los lunes, siempre que en los merenderos había habido el domingo anterior algún tiro o puñalada. Decía, que era intolerable que en España, después de morir los hombres por las causas ordinarias e inevitables, murieran por epidemias desaparecidas de todas partes, o que son en ellas efímeras y aquí perdurables, y que, además, se suicidaran y se mataran unos a otros. ¡No hay que decir cómo iría a interpelar un lunes, sucesor de un domingo en el que hubo tres puñaladas en los merenderos! Y entre las frases con que interpelaba al Ministro, recuerdo éstas, o muy parecidas a éstas: «¿En qué consiste, señor Ministro, que no se pone remedio a

males tan graves? ¿Cómo se explica que ayer hubiese nada menos que tres puñaladas?» A esta pregunta contesté yo, por lo bajo, para que no lo oyera el Senado y sí él: «¡Porque no hubo toros!» Pero, como era sordo, me lo hizo repetir varias veces, hasta que grité tanto, que lo oyó el Senado y rió grandemente la interrupción, porque lo tomaron como pura broma.

¿Quién puede dudar que en mi contestación había mucho de humorismo, como lo estimó el Senado? Pero, ¿quién duda de que en el fondo de ese humorismo hay algo que vale la pena de tomar en consideración? ¿Qué pueblos hay en los alrededores de Madrid en condiciones apropiadas para que pase en ellos los domingos y días de fiesta la masa general del pueblo? ¿De qué parques, jardines o bosques pueden disfrutar que les haga preferir el campo a otras diversiones? Y si sólo pueden pensar en los merenderos, ¿será lo mismo distribuir entre ellos catorce mil almas que recogerlas y tenerlas metidas en la Plaza de Toros, pasando la tarde entretenida con las particularidades de la lidia? ¿De esos miles de almas, no habrá algunos cientos que beban más de lo debido en los merenderos? ¿De estos cientos, no habrá algunas docenas que riñan? ¿De estas docenas que riñen, no habrá algunos que se peguen? ¡Sería de ver una estadística de días de fiesta, de toros y de puñaladas o tiros en ellos! ¡No son, pues, en España, y en ciertas condiciones, estos espectáculos tan malos como se pretende hacernos creer por algunos!

Y si se dijera que podían sustituirse los merenderos por otros espectáculos, diría que hay que tomar las cosas como son y que no gustan otras diversiones como los toros. Y si no se contentaran con la afirmación de que ese espectáculo no es malo, diría resueltamente que es bueno, que produce más bienes que males, más beneficios que daños, y que más se deben ayudar con prudencia que desterrarlos con impremeditación y contrariando inclinaciones y costumbres populares, más plausibles que abominables.

¿No bastaría ya, para tenerlo por cosa buena, la consideración de que los pueblos necesitan sus ejercicios físicos, deportes y fiestas apropiadas a sus condiciones especiales, y que se apasionan particularmente por aquéllos, cruentos, que demuestran valor y exponen la vida, y que entre éstos, el mejor es la lidia de reses bravas?

Cuando han caído en abandono nuestros deportes, como el juego de bolos, la barra y la pelota, jugada de varios modos *con la mano*, ¿no nos han invadido otros extranjeros que no nos están tan bien, y más brutales? ¿Qué hemos ganado con jugar a la pelota *con los pies*? ¿No nos han invadido las luchas greco-romanas, que son la antesala del pugilato? ¿No estamos amenazados de esto aun conservando las corridas de toros? ¿Pues qué duda cabe que, si las suprimiéramos, serían sustituidas por ese otro espectáculo mucho más brutal? Y no podrá dejarse de considerar como bueno lo que evita un daño mayor; de modo que en cosa tan española como ésta de que trato, nos pasaría lo que al español del proverbio: «¡que se murió, porque estando bueno quiso estar mejor!»

Pero donde mayor beneficio produce esta fiesta, es donde menos se piensa, o mejor dicho, donde más se niega que lo produce, asegurando, por el contrario, que en ese sentido es perjudicial en alto grado, a saber: en la educación de la sensibilidad, de suerte que no sea asustadiza, sino tranquila; que no sea estéril, sino eficaz para el bien; y no dejando que desmesuradamente se impresione por la triste contemplación de las miserias humanas, porque no puede esperarse tanto de las sensibilidades enfermizas como de las vigorosas y bien construídas.

Ante todo, es lícito preguntar si hay verdadera sinceridad en los que aseguran males sin cuento derivados de ésta, según ellos, dañina fiesta, y que se asustan viendo morir un caballo; y, ¡supuesta la sinceridad, si no están obsesionados por exagerados prejuicios! Si no se puede soportar la escena de sangre de la suerte de pica, ¿se soportarían muchas otras escenas de la vida, en las que se es espectador y actor, muchísimo más graves e impresionantes? ¡Habría que vivir con los ojos cerrados! En épocas de guerra, y singularmente en la actual, que es la más terrible que registra la Historia, recibimos a diario telegramas consignando la muerte de cientos de miles de hombres, y los interesados personalmente en la pérdida individual de algunos de ellos, sufren la consiguiente sacudida, sin rendirse por ello a la desgracia, pero los demás nos acostumbramos a las tristes noticias y las soportamos, si no indiferentes, con la necesaria tranquilidad. La madre a quien el casco de una granada, en un bombardeo, le despedaza al hijo que oprime

contra su pecho, aún se sobrepone al dolor para que no quede insepulto el pedazo de sus entrañas y prodigarle las últimas atenciones, cubriéndolo de besos, ¡hasta separarse de él para siempre! ¿Qué harían en el campo de batalla los que no pueden soportar el espectáculo de la sangre en la Plaza de Toros? Allí son miles de caballos y cientos de miles de hombres los que se ven muertos y despedazados, o ensangrentados y dolientes; muchos habrán dejado la vida después de varios días de abandonados en el campo por todos y sólo acompañados por acerbísimos dolores y por aún más dolorosos recuerdos. ¡Y todo esto se soporta educando la sensibilidad! ¿Dónde se encontrarían sin ella combatientes? ¿Dónde los encargados de dar sepultura a los muertos y de recoger a los heridos y transportarlos, y atenderlos, y curarlos? ¿Se reclutarían las damas para la Cruz Roja entre las que no pudieran abrir los ojos porque no soportarían la impresión de las lacérias humanas? Y si se dijera que no es lo mismo, y realmente no lo es, el cumplimiento de un deber que asistir a una diversión, diría que es cierto; pero no es el sentimiento el que cumple los deberes, sino la voluntad, y poco importa que sea la sensibilidad o la voluntad la que se eduque, siendo más importante que el modo de educar el que la educación se haga, o por lecciones que imponga el deber, o porque voluntariamente se aprendan del modo que se quiera.

¿Y cuando no se va a la caza por necesidad de la alimentación, sino por recreo, muy extendido entre las clases más altas de la sociedad, no se va voluntariamente á ser, no sólo espectador, sino autor de escenas sangrientas, donde mueren también animales inofensivos o feroces y, acaso, hombres? ¿Y no se aconsejan, sin embargo, estos deportes para la educación de los Príncipes, precisamente para acostumbrarlos a esos peligros y espectáculos de sangre, preparándolos para la guerra? (1)

¡Y no se crea por eso que la sensibilidad pierde sus perfiles finos y generosos, haciéndose basta o grosera! ¡No pierde nada de

(1) Saavedra Fajardo, en la empresa tercera sobre la caza, con que se debe educar a los Príncipes, dice: «Allí, el aspecto de la sangre vertida de las fieras y de sus disformes movimientos en la muerte, purgan los afectos, fortalece el ánimo y cria generosos espíritus que desprecian constantes las sombras del miedo».

lo que le es característico al perfeccionarse! ¿Quién pensaría que no es delicada y generosa la sensibilidad del médico, que no sólo presencia, sino que provoca el derramamiento de sangre, metiendo el bisturí en las entrañas del enfermo, cuando precisamente extrema el dolor que produce para asegurar la curación del que procura salvar, y por pura generosidad hace el milagro de no ver este mundo para ver sólo la ciencia?

¿Desde cuándo vale menos la monja, que vive para servir al desgraciado doliente, viendo la desgracia con tranquilidad indispensable, que la Princesa que se desmaya con la simple narración del suceso?

¡Con ciertas almas sensibles no se podría vivir sobre la tierra! ¡Otras, que lo son menos, según gratuitamente se dice, y en todo caso mucho mejor constituidas, hacen posible y amable nuestra vida!

Para terminar: de las corridas de toros podrá decirse todo lo malo y todo lo bueno que se quiera; pero lo que no dirá nadie es que la fiesta es de cobardes. ¡Pues no hay que reírse de nada que sea dar importancia al valor personal! La mejor educación, y es buena toda la que lo consigne, es aquella que hace a los pueblos valientes y admiradores del valor y del heroísmo. En vano se dirá que vale más la inteligencia que el valor personal, porque siempre los intelectuales afeminados han sido ineptos para resistir las invasiones y las acometidas de los bárbaros valientes.

¡Y siempre serán mejor los intelectuales esforzados y valerosos que los desmedrados y cobardes!

Más valientes que los del oficio, son los que toman parte en las capeas; y vale más que lo sean esas multitudes populares, que aquellos pocos diestros que del toreo viven.

Hay una nota en la fiesta con que me ocupó singularísima y muy digna de ser mencionada y enaltecida, a saber: la costumbre de aplaudir, al ser arrastrados, a los toros que han tenido en la lidia nobleza y bravura. ¡Millares de almas aplaudiendo a un animal, y a un animal muerto, porque ha sido noble y bravo! Algunos dirán que esa nota no tiene sentido; otros que revela incultura o insensatez, y no hay para qué decir que emplearán la palabra «salvajada» los aficionados al vocablo; pero yo digo que, cuando

constantemente y como nota acaso característica, con no importa qué pretexto ni en qué forma, se enaltece y rinde culto al valor... ¡allí hay un pueblo! ¡Ese no se quedará sin pulso! ¡Lo que acaso sea preciso es que se le sepa tomar!

Ya sé yo que los enemigos de la fiesta que, buena o mala, ya se ha visto que es indudablemente nacional, tienen muchas razones que alegar en contra y que me sé de memoria, entre las cuales hay algunas que ninguna persona imparcial desconocerá que tienen peso y fondo; pero también yo sé mucho más que lo que digo, y pudiera ampliar más estos razonamientos y aducir otros nuevos. ¡No vale la pena de dedicarle más tiempo!

Con lo dicho basta para llenar mi propósito, que consiste en llegar a la conclusión siguiente, con lo que doy fin a estos renglones.

Cualquiera puede honradamente ser adversario de las corridas de toros y combatirlas, con más o menos saña, porque para todo hay argumento; pero lo que no creo que puede hacerse, sin gran ligereza, es olvidar la riqueza que representa esta afición, los intereses creados a su sombra y los cientos de miles de familias que viven de ella; pasar por alto las razones que se aducen en su favor; pensar que es cosa llana borrar costumbres tan arraigadas, y creer, por último, que es asunto baladí, que puede intentarse sin daño el de desterrarlas, y aun de hacerlo por un Decreto y de un golpe; ¡porque los trastornos, desde muchos puntos de vista, serían hondísimos!

No serán pocos los que viendo mi nombre, después de leer lo que precede, hagan un gesto de desagrado, con el cual, involuntariamente, me harán el honor de pensar que mi firma se halla muy por encima de un asunto que algunos consideran trivial o menudado; pero a su propio juicio me remito, rogándoles que lo piensen algo más despacio, porque si lo meditan algo, verán que no sólo no hay asunto, grande o pequeño, alto o bajo, que deba ser rechazado para el estudio, sino que ése... ¡no es tan baladí como parece!

¡Ni mucho menos!

Agosto, 1915.



